

# Responsabilidad cristiana ante la crisis ecológica urbana

*Ponencia por R. Mendoza*

## I. «Y Dios vio que todo estaba bien»

Los primeros dos capítulos del Génesis narran los acontecimientos principales de la Creación. El escrito sagrado dice que Dios, después de haber hecho la luz, creó las plantas verdes, seres que transforman la energía solar en alimentos. Sucesivamente, creó los animales que se nutren de las plantas. El relato empieza con la energía: «¡Que haya luz!», fue la primer orden divina. Luego Dios creó las condiciones físicas para el crecimiento de las plantas, y posteriormente creó los animales, primero los acuáticos y luego los terrestres. Finalmente Dios creó al hombre.

La descripción de los acontecimientos de los primeros cinco días termina con una expresión que denota la plena satisfacción del Creador: *Y Dios vio que todo estaba bien* (Gn. 1.4; 10, 12, 18, 21, 25). Cuando toda la obra estuvo terminada, incluyendo al Homo sapiens, la expresión se vuelve más enfática: ... *y Dios vio que todo lo que había hecho estaba muy bien. De este modo se completó el sexto día* (Gn. 1.31).

El paraíso terrenal fue creado perfecta y cuidadosamente, de acuerdo con el plan divino. Dios preparó el ambiente más propicio para el desarrollo humano. Es un Dios de amor que crea en libertad, y otorga a su creación ese amor y esa libertad. Por tanto, Dios crea al hombre para que responda a ese amor conscientemente, ya que el Dios Creador no es «un Dios relojero» (Ellul) que se divierte con su máquina.

Cuando Dios creó al hombre, lo creó parecido a Dios mismo; hombre y mujer los creó, y les dio su bendición: «Tengan muchos, muchos hijos; llenen el mundo y gobiérnelo; dominen a los peces y a las aves, y a todos los animales que se arrastran.» (Gn. 1.27-28)

## II. El ser humano como mayordomo de la Creación.

Un mayordomo es alguien a quien se le asigna la tarea de administrar y cuidar una hacienda o casa. Dios puso al hombre como mayordomo de su obra:

Cuando Dios el Señor puso al hombre en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara, le dio esta orden: «Puedes comer del fruto de todos los árboles del jardín, menos del árbol del bien y del mal. No comas del fruto de ese árbol, porque si lo comes, ciertamente morirás.» (Gn. 2.15-16)

No sabemos durante cuánto tiempo Adán, el hombre, logró mantener la armonía en la creación de Dios; ignoramos si Adán, el hombre, cumplió su encargo histórico como mayordomo. En cambio, sabemos que la aparición del pecado fue la causa de la ruptura del armonioso equilibrio entre el hombre y sus semejantes, y entre el hombre y su entorno. El género humano no supo respetar las limitaciones impuestas por el Creador.

Los impactos negativos del hombre sobre la naturaleza se hacen presentes a partir del momento mismo en que el hombre es expulsado del Edén. Desde ese momento, y hasta nuestros días, asistimos a una acción creciente del desequilibrio natural causado por el hombre. Esta situación se agrava a partir de la revolución científica y tecnológica de los últimos siglos, cuando el hombre llega a tener a su alcance los instrumentos que le permiten realizar transformaciones violentas en plazos breves. Tal poderío hace que el hombre olvide cuál es su verdadero papel como mayordomo: antes bien, se siente amo y señor del ambiente y lo destruye insensatamente.

Dios sabe muy bien que cuando ustedes coman del fruto de ese árbol podrán saber lo que es bueno y lo que es malo, y que entonces serán como Dios. (Gn. 3.5)

Querer ser igual a Dios fue el pecado del primer hombre. Esa actitud humana no ha cambiado y sigue siendo la causa que separa al hombre de su Creador. Cada vez es más profundo el abismo que divide a Dios del hombre y a éste de sus semejantes. El hombre no reconoce que las leyes de la naturaleza son las leyes de Dios y prosigue en su insensato empeño de edificar modernas torres de Babel.

En el plan divino de la creación, le corresponde al hombre, (creado a imagen y semejanza de Dios), la tarea de utilizar racionalmente los recursos: «cultivar» y «cuidar» son dos verbos que expresan acción, dinamismo y perpetuación. «Labrar» significa romper la tierra, sembrarla, cosecharla. El verbo «cuidar» se relaciona con mantener, conservar, sostener. Por lo tanto, el mandato implica usar la tierra de una manera sostenida. Otro mandato importante que el Señor dio al primer hombre consistió en dar nombre a todos los animales de la creación (Gn. 2.19 y 20).

Gracias a la misericordia divina, el hombre no fue raído de la tierra a causa de sus rebeldías. Dios establece sucesivas alianzas con su criatura.

Dios bendijo a Noé y a sus hijos, con estas palabras: «Tengan muchos hijos y llenen la tierra. Todos los animales del mundo temblarán de miedo delante de ustedes. Todos los animales en el aire y en la tierra y en el mar, están bajo su poder. Pueden comer todos los animales y verduras que quieran. Yo se los doy.» (Gn. 9.1-3)

Esta alianza también establece limitaciones. El hombre puede matar para comer, lo que no implica que pueda matar por matar.

El mandamiento del día de descanso es otra limitación ecológica:

Haz durante seis días todo lo que tengas que hacer, pero descansa el día séptimo, para que descansen también tu buey y tu asno, y recobren sus fuerzas tu esclavo y el extranjero. (Ex. 23.12)

También los mandamientos sobre el «jubileo» implican descanso, no sólo para el hombre libre o esclavo, sino también para los animales y para la tierra. En efecto, el jubileo significaba, entre otras cosas, prohibición de sembrar y cosechar. Sólo se podía aprovechar lo que espontáneamente producía la tierra, y de esta manera se recuperaban los nutrientes del suelo y las energías de los hombres y de los animales domésticos.

El año cincuenta será para ustedes año de liberación, y en él no deberán sembrar, ni cortar el trigo que nazca por sí mismo, ni podar los viñedos ni recoger sus uvas, porque es un año santo y de liberación para ustedes. Comerán sólo lo que la tierra produzca por sí misma. (Lv. 25.11 y 12)

Toda la revelación está impregnada del amor de Dios hacia la creación, y en especial hacia el hombre, imagen y semejanza de su Creador. Por eso reafirmamos que el hombre no es el amo y señor de la naturaleza, sino que es el «representante» de Dios ante la Creación y, a la vez, el embajador de la Creación ante Dios. Si el hombre tiene esa representación debe ejercer su labor como embajador del amor de Dios hacia la Creación.

### III. El proyecto de Dios sigue vigente...

La creación proviene de Dios, no existe aparte de Dios, y da testimonio de la gloria de Dios:

Del Señor es el mundo entero... (Sal. 24.1)

El cielo proclama la gloria de Dios... (Sal. 19.1)

Tú les das, y ellos recogen; abres la mano, y se llenan de lo mejor, si escondes tu rostro, se espantan; si les quitas el aliento, mueren y vuelven a ser polvo. Pero si envías tu aliento de vida, son creados, y así renuevas el aspecto de la tierra. ¡La gloria del Señor es eterna! ¡El Señor se alegra en su creación! (Sal. 104.28-31)

Existe una relación entre recursos naturales, justicia y paz. La falta de justicia trae consigo desequilibrios sociales y alteraciones en la integridad de la creación. Los campesinos que talan los bosques responden a situaciones injustas provocadas por el acaparamiento que los poderosos han hecho de los mejores suelos.

El relato de la viña de Nabot (1 R. 21) ilustra esta relación. El campesino Nabot tenía su finca al lado del palacio del rey Acab. Este último, haciendo uso de su poder, despoja violentamente a Nabot de la viña, patrimonio familiar que cuidaba con amor. Acab se vale de la calumnia y de la corrupción de los súbditos para satisfacer sus ambiciones.

El profeta Miqueas proclama la justicia del Señor:

¡Ay de aquellos que aún en sus sueños siguen planeando maldades, y que al llegar el día las llevan a cabo, porque tienen el poder en sus manos! Codician terrenos, y se apoderan de ellos; codician casas, y las roban. Oprimen a los hombres, y a sus familias y propiedades. (Mi. 2.1-2)

La constante oposición humana a los propósitos divinos es contrarrestada por la redención, obra de Jesús, que incluye la salvación de toda Creación.

Pues Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna. (Jn. 3.16)

Y son hijos de Dios, no por la naturaleza ni los deseos humanos, sino porque Dios los ha engendrado. (Jn. 1.13)

Cristo es la imagen visible de Dios, que es invisible; es su Hijo primero, anterior a todo lo creado. Por medio de él, Dios creó todo lo que hay en el cielo y en la tierra, tanto lo visible como lo invisible, así como los seres espirituales que tienen dominio, autoridad y poder. Todo fue creado por medio de él y para él. Cristo existe antes que todas las cosas, y por él se mantiene todo en orden. Además, Cristo es la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia. El, que es el principio, fue el primero en resucitar, para tener así el primer puesto en todo. Pues Dios quiso habitar plenamente en Cristo, y por medio de Cristo quiso poner en paz consigo al universo entero, tanto lo que está en la tierra como lo que está en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que Cristo derramó en la cruz. (Col. 1.15-20)

Armonía entre las criaturas (Ver Is. 11.1-11)

La creación, el hombre y el Espíritu sufren y claman por la victoria que ha de venir:

La creación... espera ser liberada de la esclavitud y la destrucción, para alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos que hasta ahora la creación *se queja y sufre* como una mujer con dolores de parto.

Y no sólo ella sufre, sino también nosotros que ya tenemos el Espíritu como anticipo de lo que vamos a recibir. *Sufrimos* profundamente, esperando el momento de ser adoptados como hijos de Dios, con lo cual serán liberados nuestros cuerpos.

...pero el Espíritu mismo ruega a Dios por nosotros, con *gemidos* que no pueden expresarse con palabras... (Ro. 8.21 y 22, 26b)

(Palabras destacadas por el autor)

La resurrección significa una nueva creación. Jesucristo triunfó sobre el poder del pecado y de la muerte, y con ello ofrece una nueva vida para todo el mundo; cielo

nuevo y tierra nueva donde reinará la justicia: la nueva Jerusalén (Ap. 21, 22). La justicia asegura la paz y garantiza la integridad de la nueva creación.

#### IV. ¿Cuál es la conclusión?

La tarea principal del cristiano consiste en presentar a Cristo como Señor y salvador de su creación, tanto del hombre como de su medio. Además, tenemos la obligación de conocer los problemas de nuestra época y tomar conciencia de la presente crisis ambiental, para contribuir a la solución de los problemas que amenazan y lesionan la justicia, la paz y la integridad de la creación.

La buena calidad de vida es un derecho humano fundamental. Cuando hablamos de calidad de vida, nos referimos a salud, alimentación, vivienda, transporte, recreación, educación, trabajo, etc. Todos estos servicios dependen de los recursos naturales, y de ahí el deber de administrarlos racionalmente, garantizando su uso permanente. Por eso, debemos incluir el cuidado del medio ambiente como un aspecto importante de nuestra mayordomía. Esto se fundamenta en el principio bíblico de que la naturaleza es creación de Dios, equilibrada y dispuesta para el beneficio de todos los hombres de todos los tiempos.

Esta concepción afecta nuestro estilo de vida. Es importante que nos demos cuenta de que todo despilfarro, ya sea en el nivel doméstico, de comunidad o del país, agrava la crisis ecológica.

La sociedad de consumo, estimulada por formas sutiles de publicidad, nos induce a comprar cosas que, en muchos casos, son prescindibles. En general, la industria moderna no produce artefactos durables; al contrario, fabrica enseres desechables que aumentan el volumen de basuras y el desperdicio energético. A esto se suma la transformación de los bosques que son arrasados para aprovechar una mínima parte de la madera, convirtiéndolos en campos que se dedican a una ganadería extensiva de muy baja rentabilidad.

La sociedad consumista también obliga a una elevada producción agrícola que requiere aplicaciones desmesuradas de agroquímicos, para cosechar cantidad y «calidad». Esto da como resultado una intoxicación de la tierra y de sus habitantes, y el desequilibrio ecológico. El transporte no es económico, pues hay una fuerte tendencia a favorecer el vehículo particular en detrimento del transporte colectivo. Los asentamientos urbanos, como veremos más adelante, crecen en forma alarmante.

Frente a este complejo panorama ambiental, es preciso establecer «Estrategias de conservación y desarrollo sostenido», que permitan satisfacer las necesidades humanas, sin menoscabo de la integridad de la creación, y que garanticen el derecho de las generaciones venideras a una calidad ambiental adecuada. Estas estrategias deben ser forjadas en el seno de comunidades rurales y urbanas: regiones, países, continentes y, en general, en el mundo entero.

## Estrategia mundial de conservación (EMC) y Estrategias nacionales de conservación y desarrollo sostenido

La EMC plantea como objetivos la conservación de los procesos ecológicos esenciales y la diversidad genética para asegurar el aprovechamiento sostenido de las especies y los ecosistemas.

Estos principios sirven de base para fundamentar los objetivos de las Estrategias nacionales de conservación y desarrollo sostenido.

En el planeta Tierra existe un orden natural. Este orden ha sido explicado de diferentes maneras a lo largo de la historia de la humanidad. Hoy, la ciencia trata de hacerlo aclarando que existen procesos ecológicos esenciales, los cuales tienen su origen en el sol. En efecto, una parte de la energía radiante solar que llega a la superficie terrestre es utilizada por las plantas mediante la fotosíntesis y, de esta manera, transformada en energía química. Las moléculas orgánicas — producto de este proceso — son utilizadas, en primer lugar, por las plantas y, sucesivamente, por animales y otros organismos no fotosintetizadores, que aprovechan la energía química de los enlaces moleculares. Existe un flujo permanente de energía radiante solar que pasa a lo largo de los diferentes eslabones de las cadenas alimentarias del ecosistema. En éste, se da una reutilización o reciclaje de los nutrimentos en los procesos de respiración celular y en la transformación o descomposición, por intermedio de hongos, bacterias y levaduras.

Para explicar ese flujo energético y el ciclo de los nutrimentos, recurrimos al concepto de «ecosistema», que explica las relaciones y equilibrios de la naturaleza, de la cual el hombre es parte integrante. Por eso hablamos de flujos de energía y de reutilización o reciclaje de nutrimentos. Parte de la producción del proceso es aprovechada por el hombre (el recolector y cazador). Obviamente, en nuestros tiempos, esa producción debe ser incrementada por medio de las prácticas de gestión de los sistemas vitales: agricultura, ganadería, silvicultura, zonas costeras, aguas continentales.

La EMC plantea, como primer objetivo, la conservación de los procesos ecológicos esenciales. En efecto, conocer la constitución y el funcionamiento de la biosfera permite su correcto uso en beneficio del ser humano. Por el contrario, la ignorancia y el uso irracional del ambiente amenazan la supervivencia de la humanidad y son la causa de la extinción de miles de especies animales y vegetales, de muchas comunidades bióticas, y aun de poblaciones humanas enteras (etnocidio).

El hombre, con su capacidad para modificar el entorno, ha sido causa, sobre todo en los últimos siglos, de cambios significativos en la totalidad del planeta, por ejemplo, las modificaciones de la capa de ozono; las lluvias ácidas en las regiones industrializadas y áreas de influencia; el aumento de la radioactividad; la acumulación de sustancias tóxicas en la trama vital; el aumento de la temperatura en el planeta, y otros. La intervención humana en el ecosistema también ha provocado una disminución irreparable del capital genético. Nos referimos a las in-

formaciones hereditarias que se pierden cuando las especies se extinguen. Esta pérdida de diversidad, en cuanto a formas de vida, altera los equilibrios naturales y afecta al género humano, por la desaparición de especies de plantas, animales y protistas que le podrían ser necesarios para su salud, alimentación y otros servicios.

El segundo objetivo de la EMC concierne a la preservación de la diversidad genética. Así, por ejemplo, el maíz, originario de América y parte importante de nuestra dieta, es el resultado de cruces que iniciaron los indígenas y que perfeccionaron sucesivamente los genetistas. Por medio de las prácticas de hibridación ha sido posible obtener variedades más resistentes a la plagas y con mayor contenido alimenticio. Para esto se recurre a los parientes silvestres del grano, para obtener nuevas informaciones hereditarias (genes) apropiadas para el mejoramiento del cultivo.

El mantenimiento de los procesos ecológicos esenciales y la conservación de la diversidad genética son la base para hacer posible el tercer objetivo de la EMC: asegurar el aprovechamiento sostenido de las especies y de los ecosistemas.

En efecto, la correcta utilización de los recursos naturales es condición necesaria para lograr la más alta calidad de vida para toda la humanidad. Por eso afirmamos que el desarrollo sostenido significa la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales; pero se deben tener en cuenta las limitaciones que imponen las leyes naturales y el mantenimiento de la diversidad genética. A la vez, la sostenibilidad conlleva el concepto de justicia prospectiva; es decir, la responsabilidad de esta generación de garantizar oportunidades a las generaciones venideras. En otras palabras, la sostenibilidad se basa en el respeto hacia la integridad de la biosfera, de la que depende tan estrechamente el género humano.

Estos grandes objetivos son responsabilidad de la humanidad entera que debe reconocer que ella es parte del medio ambiente, formado por lo natural y lo cultural en forma indisoluble. Es decir que el medio ambiente incluye a los seres humanos y las relaciones que ellos establecen entre sí, como también los procesos ecológicos esenciales y todos los sistemas vitales de los que depende la humanidad.

Los conocimientos sobre la estructura y el funcionamiento de la biosfera, aun los basados en los estudios más elaborados de las ciencias naturales, no son suficientes para alcanzar los objetivos de la EMC. Es necesario incluir el fundamento ético de la conservación: respeto hacia toda forma de vida, incluyendo, por supuesto, al hombre mismo. Este principio fundamental está implícito en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Este justo derecho no puede alcanzarse por la vía del armamentismo o de la represión. Es preciso un cambio fundamental en la manera de pensar del hombre, que le permita tomar conciencia de su propio proceso de evolución social en un medio ambiente del cual es parte integrante. Con una nueva concepción del mundo y del papel que le corresponde al ser humano dentro de la sociedad, el hombre debe comprender que no está solo y que su accionar afecta a los demás hombres y al ambiente en general. Al ser conciente de su papel, el hombre debe luchar afanosamente para alcanzar la justicia y la paz, fundamentos para iniciar una

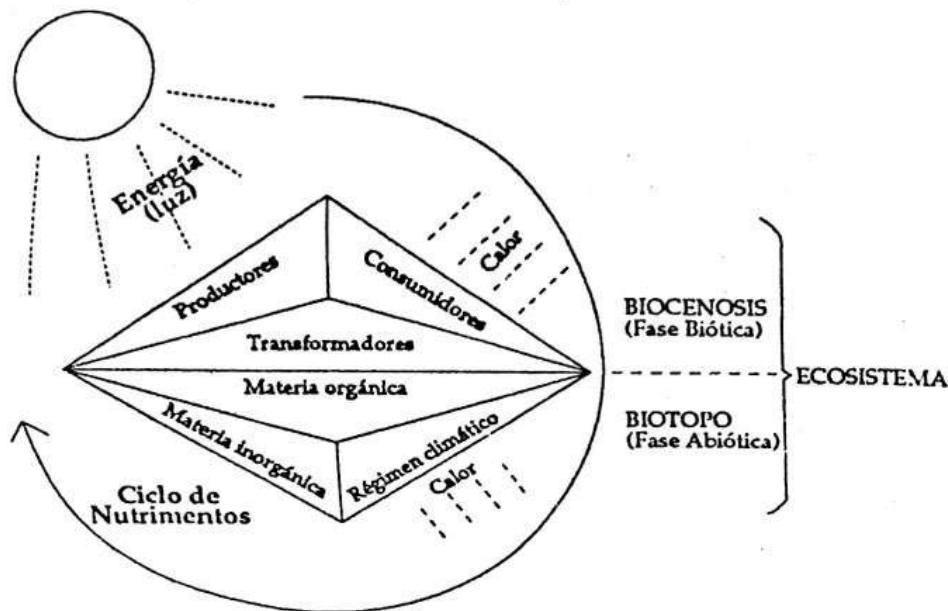
nueva etapa de la historia humana. Alcanzados estos propósitos de justicia y paz, tendremos la esperanza de resolver los problemas ambientales que aquejan al planeta. Se trata de un nuevo estilo de vida, que permite al hombre la convicción de que es parte integrante de la ecosfera, independientemente de toda diferencia de carácter ideológico, étnico o cultural.

Los ciudadanos de las postrimerías del siglo XX vivimos un momento histórico, caracterizado por la inflación, el endeudamiento externo, la crisis energética y el crecimiento acelerado de las ciudades. Cabe hacernos la pregunta: ¿cuán oportuno es hablar de conservación de los recursos naturales cuando asistimos a un empobrecimiento colectivo y necesitamos aprovechar los recursos que tenemos? La respuesta es categórica. Hoy, más que nunca, es preciso tener en cuenta que la conservación debe estar vinculada a las medidas destinadas a satisfacer las necesidades humanas a corto, mediano y largo plazo. El desarrollo debe incorporar la variable calidad del medio, a la par de los factores sociales, culturales y éticos. Por eso, la conservación debe integrarse al desarrollo, con el propósito de garantizar que las modificaciones impuestas al medio redunden en beneficio de la supervivencia y el bienestar de todos.

### La ciudad como ecosistema

Para explicar el fenómeno «vida» sobre la tierra, recurrimos al concepto de ecosistema, definido como «unidad de estructura y funcionamiento de la biosfera».

Los procesos ecológicos esenciales se explican por medio del flujo de la energía radiante solar y los ciclos de los elementos que conforman la materia viviente:



El hombre es parte del ambiente: en efecto, es un consumidor omnívoro. Las demandas energéticas del «cazador, pescador, recolector» son mínimas (300 Kcal/día), las indispensables para sobrevivir como nómada.

Cuando el hombre domestica algunas plantas y animales, puede optar por una vida sedentaria. En efecto, la invención de la agricultura le permite asentarse en un lugar determinado, donde aprende a utilizar la energía animal (tracción, desechos orgánicos, proteínas) y también a conservar algunos alimentos. Los beneficios de la agricultura y la vida sedentaria repercuten positivamente gracias a la división del trabajo. Se desarrolla la tecnología, y la mayor organización de la comunidad (instituciones) otorga un nuevo impulso y un mejor aprovechamiento de los recursos naturales.

En tiempos modernos, el perfeccionamiento de las máquinas accionadas por la energía fósil, la electricidad, la energía nuclear y otras, permite un fuerte desarrollo cuyas demandas energéticas promedio son, como mínimo, de 15 a 20 veces mayores que las del hombre primitivo.

Las ciudades se convierten en centros de atracción para los pobladores rurales debido a sus ventajas relativas, especialmente los servicios relacionados con la salud, educación, transporte, recreación, agua potable, energía, comunicación y, en consecuencia, mayores oportunidades laborales y de movilidad social.

El ecosistema urbano debería ofrecer un «hábitat» para el hombre. Este hábitat es el hogar y al mismo tiempo es el espacio que la sociedad provee para vivir y ejercer las acciones necesarias para la satisfacción de las necesidades humanas: físicas, intelectuales, morales y espirituales.

La ciudad también debe ofrecer «nichos» al ser humano, es decir oportunidades para realizarse por medio de actividades productivas, de servicio y artísticas.

El ecosistema urbano tiene un crecimiento (sucesión). Este crecimiento, sin embargo, no guarda relación con las oportunidades que debería ofrecer para asegurar una calidad de vida digna para el ser humano. Así, para cualquier asentamiento humano, la provisión de agua potable y el saneamiento ambiental constituyen grandes prioridades, junto con la vivienda, servicios de transporte y salud. Sin embargo, las ciudades padecen un crecimiento exponencial incompatible con sus posibilidades reales de ofrecer los servicios esenciales que necesitan sus moradores.

El informe de las Naciones Unidas sobre Ambiente y Desarrollo (1987) provee la siguiente información:

Porcentaje de la población urbana en América Latina:

1950	41%
1985	69%
2000	76.8%

Agrega el informe que, en 1940, una de cada ocho personas vivía en la ciudad; en 1960, una de cada cinco vivía en la ciudad y en 1980, una de cada tres residía en la ciudad.

La magnitud de las ciudades aumenta en forma alarmante:

	1950	Datos recientes	Año 2000 Proyecciones O. N. U.
México	3.05*	16.0 (1982)	26.3
San Pablo	2.7	12.6 (1980)	24.0
Bogotá	0.61	3.9 (1985)	9.6
Manaos	0.11	0.51 (1980)	1.1

\* Cifras en millones

Frente a estos cuadros estadísticos conviene formularse las siguientes preguntas:

1. ¿Cuáles son los insumos (entradas) del ecosistema humano urbano?
2. ¿Cuáles son los productos?
3. ¿Cómo se eliminan los desechos urbanos?
4. ¿Qué impactos produce la ciudad sobre la calidad de vida de la misma ciudad y la del campo?
5. ¿Qué mensajes debe llevar el cristiano a las modernas Nínives?

### Anexo

Es necesario conservar la naturaleza, con el propósito de lograr la más alta calidad de vida para la humanidad, tanto del presente como de las futuras generaciones. Es deber de todo cristiano participar creativamente en la conservación de la naturaleza y exigir a las autoridades civiles y militares de nuestros países que administren el medio natural de acuerdo con estrategias y políticas emanadas de la ciencia y los valores cristianos, y no basadas en las ambiciones de unos pocos.

Consideramos que, a nivel individual y de comunidad, hay actitudes y acciones que el cristiano debe tener muy en cuenta:<sup>1</sup>

1. Proclamar la responsabilidad de todo cristiano como mayordomo de la creación. Tener presente que la crisis ecológica es consecuencia de la injusticia y que los cristianos tenemos la gloriosa esperanza, la promesa de Jesucristo de «redimir al hombre del pecado y sus consecuencias».

2. Motivar a los miembros de nuestras iglesias para que participen en la defensa de la Creación y presten sus servicios voluntarios en programas de conservación y desarrollo sostenido.

3. Solicitar a las organizaciones cristianas que propicien encuentros en los que se instruya a los líderes sobre el problema ambiental y nuestra responsabilidad ante él.

4. Compartir con los demás las bendiciones que Dios nos da.

5. Aprender más sobre nuestros cuerpos, sus necesidades y los pros y los contras de nuestras tradiciones alimenticias.

6. Practicar la frugalidad, evitando el despilfarro en todas sus formas. Reducir el consumo de toda clase de energía.

7. Disminuir la contaminación.

8. Practicar la agricultura natural: abonos orgánicos, control biológico, cultivos mixtos.

9. Promover y participar en la educación ambiental, empezando por nuestro propio hogar y familia, iglesia y comunidad. Formar parte de organismos no gubernamentales que velan por la conservación y el desarrollo sostenido.

1 Roberts D., *El Mundo se nos muere*, «Hacia una nueva modalidad de vida», Editorial Caribe, Miami, 1976, capítulo 11.